

Ya Voltaire, en su *Cándido ó el optimismo*, personificó éste en un doctor; pero la realidad nos revela ahora otro Pangloss, que obscurece al engendrado por la fantasía de Arouet. Nadie protestaría con más calor que nosotros, convencidos de que “la calumnia es como el carbón, que cuando no quema, mancha,” contra esas prevenciones, establecidas en los Estatutos, para corregir las faltas de los médicos, si por desgracia, lejos de ser calumniosas, no guardaran todavía un piadoso silencio sobre muchas de las inmoralidades, que se cometen á diario en la práctica profesional; porque hay médicos que se convienen con los farmacéuticos, para la explotación de sus clientes, y médicos que recetan en forma convenida con los farmacéuticos, ó hacen de la receta una inscripción cuneiforme, ó usan firma impresa, ó entregan papeles firmados á ministrantes é intrusos, para que éstos receten en ellos y con su salvaguardia, ó no prescriben más que preparaciones de composición ignorada, y médicos que ponen su título al servicio de intrusos (pregunte el Sr. Iglesias al Colegio de Barcelona por el Sr. Balari, y médicos, en fin, que establecen consultas en las farmacias y farmacias en las consultas. ¿Me dejarán mentir los doctores Garrido y Audet? Y no crea el Sr. Iglesias que quedan relegados á las grandes capitales estos casos de prostitución profesional: dentro de estas provincias, donde á la moral se rinde celoso culto, en lugares de que no tuvieron jamás noticia los geógrafos, cabría mostrarle focos sépticos, que no se pueden combatir más que con la estufa.

No dejemos de predicar, en toda ocasión, la moralidad; pero recordemos aquellas palabras de Bacon: “las ideas abstractas son como las monjas: santas y estériles.” Es preciso, pues, que contra la podredumbre, que va cubriéndonos á todos con su desprestigio, hagamos algo más que líricas declamaciones. Uno de nuestros más eximios escritores, Zimmermann, en su áureo libro *La experiencia en Medicina* (capítulo II) dice lo siguiente, que es hoy tan oportuno como al escribirlo el médico de Brugg: “Galeno nos ha dejado el retrato de todos los charlatanes en el “de Thessalus, que vivía en tiempo de Nerón. Su padre dice, era “un jornalero que no podía inspirarle la menor afición á lo grande “y á lo bello. Sin ninguna noción de las letras ni de la filosofía, “metiósele á Thessalus á la cabeza el ser médico, y, según su “modo grosero de discurrir, lo era realmente; él, sin embargo, “conocía perfectamente que le faltaban conocimientos y las cualidades únicas indispensables para entrar en el camino de la “verdadera gloria; también empleaba siempre el tono, los modales y el lenguaje de un hombre de su oficio, siendo lo más fácil “reconocer en él á su padre, que era cardador de lana. Principió, “pues, por ganar la voluntad á los enfermos, absteniéndose de “prescribir remedios acreditados y adecuados á las circunstancias, y lisonjeando su esperanza y su amor propio. No obstante “la natural aspereza de su carácter, sabía acomodarlo á la nece-